

Instituto de Historia  
Pontificia Universidad Católica de Chile.

## RESEÑAS

---

RICARDO KREBS, MARIA ANGELICA MUÑOZ y PATRICIO VALDIVIESO, *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1888-1988*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1994. 2 vols. 1.272 páginas, ilustraciones.

Una institución que simultáneamente fuese una "Universidad", con carácter de "Católica" y, además, "de Chile", parecen ser las constantes y las claves de una historia continua que arranca desde sus fundadores y que prosigue, con altibajos, hasta hoy.

Si su primer Rector, don Joaquín Larraín Gandarillas, decía en su hora fundadora que la U.C. "...es, en primer lugar, una vasta escuela en que se cultivan y enseñan los diferentes ramos del humano saber..." y "...un taller donde se educa al corazón y se forma el carácter de los jóvenes..." y estaba convencido que ella haría "...un gran bien a la enseñanza en Chile..." (p. 17), su actual Rector, Juan de Dios Vial Correa, al asumir esa responsabilidad en 1984, volvía a recordar que "nuestra institución es una Universidad... lo que configura determinaciones muy precisas en el orden de la educación, la ciencia y la cultura; ...católica (y por ello) obligada a buscar que la luz de la revelación divina ilumine los problemas que en ella se debaten y que la justicia y la caridad informen y penetren su estilo de convivencia. Y... es de Chile, parte de la nación chilena, solidaria del destino de su pueblo" (p. 787).

Ese largo recorrido que se inicia en 1888 y llega hasta nuestros días es la tarea que asumió Ricardo Krebs junto a sus colaboradores y que ha tomado cuerpo una obra de envergadura, en dos lujosos tomos, que, según su autor, es simultáneamente "...historia, crónica y catálogo..."

Los estudios históricos sobre la universidad tienen antigua data en Chile. Se iniciaron con la *Historia de la Real Universidad de San Felipe de Santiago de Chile*, de José Toribio Medina (Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1928, 2 vols.), y continuaron más tarde casi exclusivamente dedicados a la universidad estatal. En efecto, a la obra pionera de Luis Galdames: *La Universidad de Chile 1843-1934* (Santiago, 1934), se han sumado después los trabajos de Guillermo Feliú Cruz: *La Universidad de Chile, Universidad de América* (Santiago, 1953); de Alamiro de Avila: *Reseña histórica de la Universidad de Chile (1622-1979)* (Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1979); de Rolando Mellafe: *Historia de la Universidad de Chile* (Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1992); de Bernardino Bravo: *La*

*Universidad en la historia de Chile 1922-1992* (Santiago, Pehuén Editores, 1992), para concluir en nuestros días con el estudio de Sol Serrano: *Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX* (Santiago, Ed. Universitaria, 1994). Sólo el trabajo de Juan Guillermo Muñoz se ha referido a la Universidad de Santiago, ex Universidad Técnica del Estado: *La Universidad de Santiago de Chile: sobre sus orígenes y su desarrollo histórico* (Santiago, USACH, 1987), y un trabajo del mismo Ricardo Krebs, junto a Luis Celis y Luis Scherz, a la Universidad Católica de Chile: "Historia de los 90 años de la Pontificia Universidad Católica de Chile" (*Revista Universitaria* N° 1, Santiago, 1978, 8-51). A este prestigioso conjunto, del cual, por lo demás, ya formaba parte, se suma Ricardo Krebs con su *Historia de la Universidad Católica*. Reflexión no sólo sobre los orígenes del *alma mater*, sino sobre todo a propósito del sentido de su quehacer, del sentido de su pasado y del sentido de su futuro en el servicio del país y de la Iglesia chilena.

El trabajo se divide cronológicamente, y en cuatro partes. A esa cronología sobre el contenido se superpone la de sus autoridades: la primera parte, llamada "Los Comienzos", abarca el período 1888-1920, incluyendo los rectorados de Larraín Gandarillas, Jorge Montes Solar, Rodolfo Vergara Antúnez y Martín Rucker Sotomayor. La segunda parte está dedicada al rectorado de Carlos Casanueva Opazo, entre 1920 y 1953; la tercera al rectorado de Alfredo Silva Santiago, entre 1953 y 1967, y la cuarta y última se refiere a la Universidad Católica, entre 1967 y 1988, incluyendo los rectorados de Fernando Castillo, Jorge Swett y Juan de Dios Vial.

La primera parte—"Los Comienzos"—se ocupa de situar el nacimiento de la institución—dependiente directamente del diocesano de Santiago—en el contexto de los conflictos ideológicos del Chile decimonónico. Por ello no es de extrañar que la misión de la Universidad quedara definida por la "preservación de la civilización cristiana amenazada en nuestro país por el liberalismo", por la colaboración con la misión de la Iglesia de llevar al hombre "a la plenitud de edad, a la medida del hombre perfecto" y por la promoción de "la cultura intelectual de nuestros compatriotas" (p. 35). Esa voluntad y esa misión se materializó en los primeros años en la implementación de los cursos de derecho, ingeniería, arquitectura y matemática, y en la creación de la primera carrera técnico-profesional: Agrimensura (p. 50 y ss.). Andando el tiempo, la Universidad dio vida a las Facultades de Derecho, de Ciencias Físicas y Matemáticas, de Arquitectura y de Agronomía, y proyectó una Facultad de Medicina (pp. 127 y ss.). Además, "pudo instalarse en una casa propia, el magnífico Palacio Universitario de la Alameda. Sus dirigentes y profesores, llenos de fe en la misión de la Universidad, se esforzaron por seguir mejorando su calidad académica" (p. 86). Y, sin duda, "los problemas que la Iglesia, el Estado y la sociedad entera tuvieron que afrontar en aquellos años fueron también los

problemas frente a los cuales la Universidad tuvo que tomar posiciones y definir rumbos" (p. 94).

La segunda parte está dedicada, como hemos dicho, al rectorado de don Carlos Casanueva, quien entendía la Universidad como una institución de Iglesia con finalidad misional, "llamada a alumbrar y orientar una sociedad que vivía un creciente proceso de secularización" (p. 199). Ello debía materializarse en la formación de una elite católica con instrucción moderna e integral, lo que suponía ocuparse de todas las ciencias y preocuparse por todas las cuestiones humanas. "Ella debía constituir una gran familia unida en la tarea de servir a Dios y a la Patria" (p. 205), que cultivaba para ellos las actividades académicas, la vida religiosa, la acción social, las fiestas y celebraciones, y la actividad de extensión destinada a toda la nación" (pp. 225 a 271).

La institución tuvo que adecuar su organización, dando lugar a una nueva estructura que consultaba, hacia 1950, nueve facultades: de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales, de Ciencias Físicas y Matemáticas, de Arquitectura y Bellas Artes, de Agronomía, de Comercio y Ciencias Económicas, de Filosofía y Letras, de Medicina, de Teología y de Tecnología.

La tercera parte de este estudio comprende el período entre 1953 y 1967, que cubre el rectorado de don Alfredo Silva Santiago, quien "había elaborado su pensamiento sobre la Universidad ya antes de ser nombrado Rector. Durante los catorce años de su rectoría, mantuvo este pensamiento sin ningún cambio fundamental", y estaba "...profundamente arraigado en la tradición de la Universidad y coincidía con las ideas mantenidas por el tradicionalismo católico en aquellos años" (p. 434). Recogió y reactualizó la vieja idea de la Universidad como *Universitas magistrorum et scholarum*, y aceptó también la acepción en el sentido de *Universitas scientiarum et litterarum* (p. 431).

En su concepto, la Universidad era una "institución rectora de la sociedad" con el deber de "armonizar las Ciencias divinas y humanas, mediante los contactos de los datos de la Revelación con las investigaciones de la ciencia..." (p. 426); una institución de la Iglesia y "en consecuencia... el magisterio de la Iglesia, tiene en ella un rol de orientación, acción y dirección" (p. 425). Pero no sólo eso, la Universidad también está "...anhelosa de contribuir a la formación de los cuadros de la vida nacional", para lo cual debe estar "...atenta a las condiciones particulares de la vida contemporánea y, en especial, a los anhelos de esos sectores de la población que hoy aspiran a participar de una auténtica cultura, pero que sufren graves dificultades económicas y sociales" (p. 426). En una palabra: "la labor de docencia e investigación en sus más altos niveles era su misión social" (p. 428). Todo lo cual, respondiendo a criterios de jerarquía y excelencia, debía ayudar a convertir la Universidad en una "comunidad cristiana de superiores, profesores, egresados y alumnos en perfecta búsqueda

de la plena realización del ideal universitario desde una visión natural y sobrenatural de la vida" (p. 429).

Fueron años pródigos e intensos en la vida de la corporación. En materia de docencia, junto a los necesarios, aunque menores, procesos de reorganización de las facultades, se advierte un aumento significativo de sus actividades y una diversificación de sus funciones para hacer frente a los nuevos desafíos de las disciplinas (p. 493 y ss.); hacia 1957 se consiguió el reconocimiento oficial de todos los títulos otorgados por la Universidad (p. 443). Lo uno y lo otro obligaron a un nuevo impulso de la investigación científica mediante la creación de centros e institutos especializados (p. 472 y ss.), y a diversificar significativamente también las actividades de extensión: a la actividad editorial y a la prestación de servicios especializados, se agregaron las actividades del Teatro de Ensayo y del canal de televisión, como sociedad por acciones hasta la ley de 1970 (pp. 571 y ss.).

En el ámbito internacional, más allá de la estatutaria relación con la Sagrada Congregación para las Universidades Católicas de la Santa Sede, la Universidad se vinculó con una serie de Fundaciones Internacionales de Cooperación, con el Banco Interamericano de Desarrollo, con el Convenio Andrés Bello, con UNESCO, así como con las organizaciones americanas y latinoamericanas de educación superior, en particular con la Organización de Universidades Católicas de América Latina, ODUICAL, de la cual el Rector Silva fue el primer presidente (pp. 585 y ss.).

A todo lo anterior es necesario agregar, como desafíos corporativos del período, la adopción de una política de planificación administrativa y financiera exigida por el crecimiento y las nuevas condiciones y requerimientos del quehacer universitario y, en particular, por el proyecto de construcción de una ciudad universitaria en la zona sur de Santiago.

Los rectorados de don Carlos Casanueva y de don Alfredo Silva constituyen para Krebs los años de consolidación institucional, que están marcados por una crisis inicial y una terminal: en 1919 y en 1967 respectivamente (pp. 181 y ss., y 617 y ss.). Ambas dan cuenta de situaciones complejas y coinciden no casualmente con momentos significativos de inflexión de la vida política y social del país, como la crisis del régimen parlamentario y de la política oligárquica en 1920, y en 1967, con las primeras rupturas que terminarían en la crisis de la democracia de 1973.

La cuarta y última parte del extenso trabajo —todo el tomo II— está dedicada a "La Universidad entre 1967 y 1988", y agrupa las gestiones rectorales de don Fernando Castillo, don Jorge Swett y don Juan de Dios Vial Correa. Ellas se desenvuelven en un período que da cuenta de dos contextos intensos e igualmente variados. A las complejidades que significó la materialización de las conclusiones y propuesta del Concilio Vaticano II en el ámbito eclesiástico,

y las distintas vicisitudes políticas experimentadas por el país, la Universidad debió hacer frente, experimentando, al mismo tiempo, su propio proceso de reforma, nuevos desafíos, un crecimiento significativo y una creciente complejización de su quehacer.

En efecto, al momento de celebrar su centenario, la Universidad contaba con 17 facultades y más de 34 unidades académicas destinadas, ya a la investigación disciplinaria, ya a la formación profesional; sistema de bibliotecas; Centro de Extensión; pastoral universitaria y acción social; hospital clínico; servicios computacionales; educación a distancia; variadas actividades de extensión y comunicación; un conjunto de sedes que darían origen, en su momento, a universidades regionales; desarrollo docente y actividades de investigación científica del más alto nivel y con demandas tecnológicas de punta; más de 14 mil estudiantes, y del orden de mil doscientos profesores. A todo lo cual es necesario agregar una serie de instituciones ligadas a la Universidad: Fundación de Vida Rural, DUOC, Club Deportivo e institutos anexos. Este variado conjunto supone y requiere, a su vez, de una compleja gestión económica y administrativa que también ha demandado capacidades humanas y organizacionales.

Se trata, como hemos dicho, de una cronología sencilla. Pero la lectura de esa cronología permite concluir que el autor distingue claramente los cincuenta años centrales de esta historia como un período de estabilidad, consolidación y éxito, precedido de treinta años pioneros y seguidos de dos décadas de incertidumbre. Ese pareciera ser el trasfondo de un siglo de existencia, en el que, no obstante, "Nunca se produjo una escisión radical. En cada nueva etapa la Universidad asumió su tradición. Don Carlos Casanueva hizo suyos los proyectos de Monseñor Rucker. La Reforma continuó la modernización que se había iniciado bajo don Alfredo Silva Santiago. La Universidad actual mantuvo los cambios estructurales introducidos por la Reforma y confirmó y reforzó la idea central del programa reformista de que la Universidad debía ser una institución de la ciencia y de que toda su organización y acción debía ser pensada desde la ciencia y en función de la ciencia" (p. 1237).

...Una Universidad...

La institución fue polifacética desde sus inicios: era, a la vez, Universidad y Politécnico. Distinguía una sección universitaria con una Facultad de Leyes y de Ciencias Políticas, y había decidido crear un curso propedéutico de Matemáticas con vistas a Ingeniería. Tenía también una Sección Técnico-Profesional que se iniciaba con el Externado Literario Comercial de San Rafael y con la Escuela Industrial fundada por Decreto Arzobispal de 3 de agosto de 1888 en el Asilo de la Patria (p. 19).

Los inicios no fueron fáciles, incluso en 1896 uno de los cursos de la carrera de leyes no pudo funcionar por falta de alumnos (p. 50). Pero es posible advertir un continuo crecimiento: ya hacia 1920 se habían consolidado la Facultad de Derecho, la de Ciencias Físicas y Matemáticas y de Arquitectura, y la Facultad de Agronomía. Existía también el proyecto de una Facultad de Medicina y funcionaban los institutos anexos: el Instituto de Electrónica y el Instituto de Humanidades. Hacia mediados del siglo, las facultades eran nueve: Derecho, Ciencias Físicas y Matemáticas, Arquitectura y Bellas Artes, Agronomía, Comercio y Ciencias Económicas, Filosofía y Letras, Medicina, Teología y Tecnología. A ellas había que agregar entonces la Escuela de Servicio Social, el Instituto Femenino de Estudios Superiores y Prácticos, el Instituto de Educación Familiar y el Hogar Catequístico.

Al iniciarse la década de 1990, el Rector ha hablado, con razón, de una Universidad "compleja", con múltiples instancias, como se ha señalado más arriba. Y al interior de cada una de esas instancias universitarias, a su vez, una multiplicidad de actividades, de las cuales "el desarrollo de la investigación durante los últimos veinticinco años constituyó quizás el hecho más importante en la historia de la Universidad..." (p. 925).

La historia de cada una de las facultades podría ser objeto de una monografía de proporciones y Krebs ha debido recurrir a ellas en los casos en que existen. De allí que no sea extraño que el tratamiento de esas historias particulares sea tan diferenciado como lo son los estudios preexistentes: exhaustivos en los casos de las facultades de arquitectura, medicina y educación, y más livianos en el de las de derecho, ciencias y teología.

...Católica...

Nacida al amparo y como una institución de la Iglesia, Ramón Angel Jara anunciaba vehemente en 1888 "¡Oh hermanos queridos de Lovaina y Kille, de París, Marsella i Lyon... henos aquí siguiendo vuestros ejemplos para combatir la herejía de la soberbia humana de la ciencia sin Dios! Como las vuestras, nuestra Universidad nace bajo el manto de María, que es trono de la sabiduría i auxiliar de los cristianos" (p. 17).

En muchos aspectos la Universidad fue una prolongación del Seminario (p. 40), pero también fue algo distinto. Se trataba de "una institución de Iglesia que encontraba su razón de ser en los valores de la fe cristiana... debía formar buenos académicos, profesionales y técnicos y debía comunicarles el saber humano en el nivel más alto que había alcanzado el desarrollo científico y tecnológico" (p. 84), y como tal fue reconocida por los obispos, quienes "decidieron otorgar su protección y apoyo a la Universidad, confiriéndole el carácter de Universidad Católica de Chile el 18 de diciembre de 1926..." Pero el

Rector Casanueva estaba consciente que “el día más grande y glorioso para nuestra Universidad será aquel en que, erigidas canónicamente sus más altas facultades, las de teología y filosofía, venga a ser plenamente Pontificia... mientras tanto, nuestra adhesión plenísima de entendimiento, voluntad y corazón con el Papa, son el lazo sagrado e inquebrantable...” Poco tiempo después, “por rescripto del Papa Pío XI, el 2 de febrero de 1930, la Universidad adquirió un vínculo jurídico con el cuerpo de la Iglesia y la Santa Sede...” (p. 199). Entre ambos reconocimientos, el 4 de noviembre de 1929 el gobierno de la República de Chile concedió su reconocimiento legal a la Universidad, entregándole cierto grado de autonomía con respecto al Estado.

La relación formal con la Iglesia se estableció por la vía de que “...la alta dirección de la Universidad corresponde al Gran Canciller, que lo es el Arzobispo de Santiago...”, según lo establecía el reglamento de 1938. Esta situación se mantuvo hasta 1962, año en que la Santa Sede se apartó de la disposición estatutaria y confirió la dignidad de Gran Canciller al mismo Rector, don Alfredo Silva Santiago. Esta situación, a su vez, perduró hasta 1967, cuando el Arzobispo de Santiago, Cardenal Raúl Silva Henríquez fue nombrado Gran Canciller, cargo que ocupó hasta diciembre de 1974, en que suspendió su ejercicio a raíz de los conflictos suscitados por el rector-delegado del gobierno militar. La situación se normalizó en 1983, al ser nombrado Arzobispo de Santiago Monseñor Juan Francisco Fresno, quien asumió el cargo de Gran Canciller de la Universidad en propiedad.

Más allá de la formalidad del ejercicio de la Gran Cancillería, lo destacable ha sido el hecho de que todos ellos han ido señalando, a lo largo de su historia, los derroteros de su catolicidad, siguiendo probablemente a Paulo VI en aquello de proyectar la luz del Evangelio sobre los problemas de su tiempo (P.P. N° 2), cuestión que, sin duda, fue refrendada por el propio Juan Pablo II, cuando, en su visita a la Casa Central de la Universidad en abril de 1987, la alentó “...a proseguir en los objetivos propios de una Universidad Católica: calidad y competencia científica y profesional; investigación de la verdad al servicio de todos; formación de las personas en un clima de comprensión integral del ser humano, con rigor científico, y con una visión cristiana del hombre, de la vida, de la sociedad, de los valores morales y religiosos; participación de la misión de la Iglesia en favor de la cultura. En todo este contenido, es preciso tener presente que la Universidad Católica debe ofrecer una aportación específica a la Iglesia y a la sociedad, y que ella encuentra su significado último y profundo en Cristo, su mensaje salvífico, que abarca al hombre en su totalidad y en las enseñanzas de la Iglesia” (p. 877).

...y de Chile...

Esta Universidad Católica ha sido también intensamente chilena, porque ha servido al país y porque ha compartido intensamente las vivencias nacionales.

Los fundadores de la institución la visualizaron como la coronación "...de los esfuerzos hechos por el clero y las congregaciones religiosas en favor de la instrucción cristiana de la juventud" "...y como preservación de la civilización cristiana amenazada en nuestro país por el liberalismo" (p. 35). Abdón Cifuentes, uno de sus promotores y su primer secretario general, sostenía con pasión que "la libertad de enseñanza es el único medio de dar vida a la educación y de levantarla de la postración en que la ha arrojado la servidumbre". En muchos documentos de la época fundacional se habla de una Universidad Católica "libre".

Cuando los vientos de reforma social agitaban a Chile y el "Cielito Lindo" anunciaba los cambios en 1920, en esa Casa de Estudios había ya una antigua conciencia de su responsabilidad y de la necesidad de orientar el cambio social. "En nuestra época se hacen sentir graves necesidades sociales. No podemos, en la formación intelectual, desentendernos de esas necesidades. No sólo ha de abrir la Universidad sus puertas a la juventud que aspira a seguir una profesión liberal; tiene también otro público que atender o ilustrar... Enseñar al obrero, enseñar a la juventud, enseñar al hombre que ya ha pasado la edad de estudios y a quien le falta lastre intelectual, es propio, muy propio, de la extensión universitaria. Una de las obras en que más va a insistir la Universidad será en la extensión universitaria..." "por medio de la cual podrá esta institución llegar a la mente y al corazón del pueblo". "Alcanzamos un momento en que todos hemos de ocuparnos en el gran problema social, el cual va revistiendo entre nosotros caracteres gravísimos y que deja entrever un porvenir oscuro y pavoroso. El pueblo se nos va, el pueblo se corrompe; y es la juventud universitaria la llamada a salvarlo, mediante su enseñanza sólida y cristiana". Este era el clamor del Rector Rücker en 1916 (p. 105).

Independientemente de que la Universidad asumiera esa función, pocos años después una intriga semipolítica y semirreligiosa terminó con la gestión de ese Rector y abrió la "época" que, en opinión del autor, constituye la etapa de la verdadera consolidación institucional. Pero precisamente esa consolidación, así como la ampliación de las acciones universitarias, fueron incubando, a lo largo de décadas, una serie de crisis parciales: financiera (p. 491); en la Facultad de Derecho (p. 498); en la Facultad de Arquitectura (pp. 511, 517-519); en la Facultad de Tecnología (p. 528); en la Facultad de Medicina (p. 551-558); en la Facultad de Educación (p. 566), y en el Canal 13 de Televisión (p. 483). A ello es necesario agregar las profundas transformaciones experimentadas por la Iglesia en la década de los años 60 para comprender la crisis y



el conflicto de 1967, expresados en forma casi simbólica en la "toma" de la Casa Central por un grupo de estudiantes, y en el intento de "retoma" por otro grupo.

En un siglo de vida la Universidad ha sido herida, pero también ha sido creativa: en ella se fundó el MAPU y en ella surgió el gremialismo; en ella se dio a conocer la doctrina social de la Iglesia en las cátedras de Juan Enrique Concha y Alberto Hurtado y en ella germinaron por primera vez en Chile las ideas de la economía de mercado; en ella el Partido Conservador sentaba sus reales en el Consejo Superior (p. 441) y en ella estudió el primer democrata-cristiano que llegó a la Presidencia de la República; en ella, en 1917, por encargo de la Comisión de Puertos, se estudiaba la ciudad y el puerto de Valparaíso, y se elaboraban informes que la Sociedad Nacional de Agricultura y la Dirección de Impuestos Internos "aceptan oficialmente..." y a ella "...recurren como árbitro en caso de dificultades" (p. 168). Fue también la Universidad que abrió el curso de leyes en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, que más tarde dio pie a la fundación de la Universidad Católica de Valparaíso; fue la que más tarde estableció sedes regionales en Curicó, Talca, Concepción, Talcahuano, Temuco y Villarrica, algunas de las cuales han devenido en Universidades Católicas diocesanas.

Vendrían después otras crisis universitarias, pero vendría, en especial, la gran crisis de la sociedad chilena del siglo XX, expresada en las tragedias de 1973, que tuvieron repercusiones muy profundas al interior de la Universidad Católica. Fueron tragedias generacionales y personales (p. 766), de las cuales han quedado muchos silencios, pero también algunos testimonios.

Ricardo Krebs ha concluido que "la Universidad nació en un momento crítico para al catolicismo chileno y ella misma ha atravesado, en el curso de su centenaria historia, por momentos difíciles y angustiosos. Tres años después de su fundación se vio sumida en una grave crisis por la Revolución de 1891. En el año 1919 estuvo a punto de ser clausurada. La crisis del año 1967 la estremeció hasta sus cimientos. El proyecto de Nueva Universidad pareció significar la ruptura total con el pasado y la negación completa del proyecto fundacional. El reordenamiento de la Universidad a partir de 1973 parecía conllevar la anulación de todos los cambios introducidos por la Reforma..." Pero "contemplando la historia de la Universidad Católica de Chile, en su conjunto, se descubre que esta historia reviste una asombrosa continuidad... (la que) ...encuentra su causa más honda en que ella ha sabido definir y realizar su identidad. Esta identidad tiene sus raíces más profundas en su catolicidad" (p. 1237).

Y en la presentación del libro dijo que la historia de la Universidad Católica es muy hermosa: "Ha sido difícil, de grandes esfuerzos, de duros sacrificios y de generosa entrega. Hubo momentos amargos y momentos sumamente críticos. Pero siempre hubo hombres que estuvieron dispuestos a apoyar a la Universidad con sus acciones y con sus oraciones".

La *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*, de Ricardo Krebs, no sólo constituye un aporte a la vida corporativa de esa institución, sino una contribución relevante a la historia social y cultural de Chile contemporáneo.

MATIAS TAGLE DOMINGUEZ

TERESA PEREIRA, *El Partido Conservador, 1930-1965. Ideas, Figuras y Actitudes*. Santiago, Editorial Vivaria, 1994, 470 páginas, ilustraciones.

Varios aportes están contenidos en esta publicación dada a conocer por la Fundación Mario Góngora.

El primero es abordar el estudio de un período reciente de nuestra historia, cuestión siempre compleja, pero no menos atrayente, y hacerlo centrado en un actor político de primera magnitud.

El objetivo del estudio ha sido "conocer el pensamiento conservador en los años que corren de 1930 a 1965... (y) ...se ha centrado en el Partido Conservador, en su concepción doctrinaria, sus definiciones políticas y sus actitudes, por cuanto el pensamiento político conservador se ha canalizado principalmente a través del partido, que constituye su columna vertebral". Eso no impide reconocer otras vertientes de ese pensamiento como las que se expresan, por ejemplo, en el hispanismo de Jaime Eyzaguirre, en el corporativismo de Jaime Larraín o en los intentos de Jorge Prat por lograr un gobierno desvinculado de los partidos políticos. Sin embargo, "al interior del Partido Conservador, se da (en opinión de la autora) lo más característico del conservantismo chileno" (p. 10). Trata de aproximarse a él a través de su "pensamiento político, su sistema de creencias, de su mentalidad... conocer actitudes prácticas... en la vida política cotidiana".

Metodológicamente también constituye un aporte. Sin duda se ha recurrido a las fuentes habituales en este tipo de investigaciones: sesiones parlamentarias, prensa, escritos personales, discursos, estudios, declaraciones oficiales del partido. Pero a ello se han agregado con particular acierto las opiniones de los actores mismos por la vía de las entrevistas personales. La autora conversó, por lo menos, con catorce personajes de primera importancia en la vida del Partido Conservador en el período estudiado y, aunque no sabemos cuántas veces se reunió con cada uno de ellos, y si existe registro de las entrevistas, ellas nos permiten acceder a una información que la autora ha llamado, con razón, riquísima: "Se trata de una perspectiva personal; por lo tanto, más subjetiva; de manera que, siendo esto, por una parte, una virtud, pues nos

entrega la visión de cómo entienden y sienten los militantes a su partido, puede constituir, por otra parte, una cierta limitación..." (p. 13). Creemos que, en este caso, la virtud ha sobrepasado con creces la virtual limitación. Sólo en muy contadas oportunidades el método adquiere un sesgo tan coloquial, que el lector parece estar accediendo a intimidades o familiaridades que no le corresponden (pp. 43, 66, 156, 225). La 'limitación' temida por la autora ha quedado tanto más acotada cuanto que las entrevistas tuvieron lugar preferentemente entre los años 1983 y 1987, sólo dos de ellas en 1989 y una en 1993, es decir, ha habido —en la gran mayoría de los casos— tiempo suficiente para decantar los juicios contenidos en ellas de forma tal, que ayudan efectivamente a la comprensión del período en estudio y a los propósitos más centrales de la autora: mostrar "ideas, figuras y actitudes". Por lo demás, este recurso a la "oralidad" empieza a constituirse cada vez más en un instrumento metodológico irrenunciable, pues los actores y, en especial, los actores políticos expresan temor a dejar por escrito sus apreciaciones y comentarios de las distintas coyunturas, más allá de las habitualmente obvias declaraciones de prensa, las que las más de las veces responden a los intereses de la propia coyuntura. Y este renuncio ha afectado incluso a los miembros del antiguo Partido Conservador. Ojalá los políticos, de antaño y hogaño, volvieran a la sana costumbre de las memorias, al estilo ya sea de Abdón Cifuentes o de los múltiples escritos de Luis Emilio Recabarren.

Aunque comprensible, algún reparo metodológico puede revestir el hecho de haber seleccionado trienalmente la revisión de la prensa conservadora, tal como la autora nos lo anuncia en la nota 4 de la página 12; y que se hace presente con toda su complejidad y desconcierto al anunciarnos que "...habían transcurrido siete años desde..." (p. 80).

El trabajo está dividido, con criterio cronológico, en dos partes. La primera comprende el período 1930-1947 y dedica el capítulo primero a los inicios de la renovación que experimentó el partido a raíz de la cuestión social, del nuevo papel del Estado, de la presencia militar en la política, de la crisis de 1929, así como del nuevo marco institucional expresado en la Constitución de 1925, proceso que se ve coronado, al constituirse en la primera fuerza electoral del país en 1945. El capítulo segundo está dedicado al ideario conservador, aludiendo fundamentalmente a la recepción del social-cristianismo y a las obligatorias definiciones políticas impuestas por la coyuntura.

La segunda parte se refiere al desarrollo histórico del conservantismo entre 1947 y 1965 y, nuevamente, el capítulo primero se dedica a la historia interna, en la que se destaca la división de 1948, la reunificación y su definitiva desaparición en 1966, en tanto que el segundo capítulo se dedica a destacar las grandes líneas del pensamiento conservador en el período.

Unas breves consideraciones finales sobre el fortalecimiento del partido, su concepción sobre la autoridad y la gravitación del pensamiento conservador cierran, junto al catastro de las fuentes, un trabajo riguroso y dedicado, el que está precedido de una introducción en que se da cuenta de los orígenes del pensamiento conservador y de algunas anotaciones sobre el conservantismo chileno en el siglo XIX.

Los conservadores chilenos fueron republicanos desde sus inicios y, en ese sentido, su ideario no es comparable, necesariamente, con conservantismos de otras raigambres. Republicanos y portalianos, que en 1878 establecen su programa básico: "a) la defensa de la religión, de la familia y la propiedad; b) la libertad de enseñanza y la libertad electoral; c) la protección de la libertad de asociación y de prensa, y d) la vigorización de las sociedades intermedias entre el individuo y el Estado". (pp. 24-25).

Es en virtud de esa definición y en torno a esos problemas básicos que se desenvuelven las tendencias socialcristiana y corporativistas que la autora desarrolla con todos sus matices (pp. 95 a 124), aun cuando se nos hace presente que no sólo entre los conservadores se encuentran ideas corporativas, así como más tarde las ideas socialcristianas tampoco serán su exclusivo patrimonio.

Se trata de un socialcristianismo de avanzada: "En 1947 expresaba que el legislador, en vista del bien común, puede limitar el ejercicio del derecho de propiedad y aun expropiarlo con justa indemnización cuando, en casos calificados, así lo exigiera el bien general de la comunidad" (p. 198), y años antes, "como conservador defiende el derecho de asociación, porque es un derecho natural a todo hombre; de allí que propicie la sindicalización campesina como un factor de avance no revolucionario para el progreso y la armonía del país" (p. 205).

En cambio, el orden corporativo "fue lentamente abandonado..., tal vez influyó el caso italiano, que ha sido el ejemplo más real de aplicación del corporativismo en el siglo XX. Mussolini... subordinó los gremios al partido... Estas ideas perdieron injerencia, ya que, en cierta medida, aunque en forma diferente, fueron allí utilizadas" (p. 127).

Es también el partido del conservantismo tradicionalista. En efecto, en la convención de 1932 incorporan como aspiración del partido, "establecer un sufragio restringido en base al voto plural" (p. 133). El tema no era nuevo en Chile, puesto que venía planteándose desde 1929, cuando uno de sus voceros destacados consideraba que "...la libertad electoral es posible si se depuran continuamente los registros electorales. El sufragio universal es necesario condicionarlo para que sea absolutamente consciente" (p. 144). La tendencia a la democracia limitada sigue planteándose en la convención de 1932, en que el presidente del conservantismo consideraba "...un absurdo al sufragio universal

—para lo cual cita la condena de De Maistre—; hay que luchar, en cambio, por el sufragio restringido a los capaces y en la medida de su capacidad, y el voto plural (familiar), que constituye el equilibrio entre el absolutismo y el liberalismo” (p. 145).

Junto a este conservantismo tradicional convive, sin embargo, “el convencimiento más absoluto (de) que el sufragio universal era la base misma de la democracia” (p. 146) y actitudes de pioneros: “El primer intento por conceder a la mujer el derecho a sufragio fue obra de diputados conservadores. El año 1917 ...firmaron... este proyecto. En sucesivas intervenciones posteriores, parlamentarios conservadores piden igualdad de derechos políticos para la mujer, indicaciones que no tienen éxito” (p. 147).

También las ideas y actitudes conservadoras respecto a la economía ofrecen propuestas interesantes y, a veces, contradictorias. Mientras, con clarividencia, Héctor Rodríguez de la Sotta sostenía en la Cámara de Diputados en 1940 que “si el carbón es un pésimo negocio en manos de las empresas privadas, en manos del Estado va a ser desastroso, va a significar un gasto de capitales...” (p. 185), y, en general, la acción económica del Estado produce reticencias, el Partido Conservador considera que el proyecto de la creación de la Corfo “importaba una mayor carga tributaria y una menor destinación de fondos para la reconstrucción...” La mayor resistencia “de los conservadores residía en el financiamiento del proyecto de la Corfo, ya que el aumento de la carga tributaria provocaría inflación y ampliaría el aparato estatal, creciendo el gasto presupuestario” (pp. 184-185).

No obstante lo anterior, en la convención de 1959 “el partido propicia en forma más explícita una reforma agraria, cuyos objetivos contemplan el desarrollo económico de la actividad privada agrícola... La reforma agraria que se estudia debe iniciarse con la subdivisión de los terrenos fiscales y semi-fiscales, y de aquellas propiedades que los particulares vendan...” (p. 405).

Es en torno a estas ideas que giran numerosos personajes, parlamentarios y dirigentes, pero la autora señala que, a lo largo de toda la obra, se “ha detenido en forma más detallada en las publicaciones y actuaciones parlamentarias de algunas figuras destacadas... que... son: Héctor Rodríguez de la Sotta, Eduardo Cruz-Coke y Juan Antonio Coloma” (p. 13). En verdad, la historia de los treinta años del conservantismo a que el libro está dedicado puede hacerse en torno a estas tres personalidades avasalladoras, pero cuyas biografías todavía esperan el trabajo de los investigadores.

Como si todo lo anterior no fuese suficiente, el estudio es sumamente interesante en lo relativo a las “actitudes” del partido. Y probablemente una de las últimas observaciones puede dar luces sobre el conjunto de sus comportamientos, a lo largo de todo el período en cuestión: “Dadas las características poco sectarias del partido —nos dice la autora—, en períodos de aguda crisis

cooperan en buscar soluciones y conceden facultades excepcionales. Han elegido gobiernos con los que posteriormente han discrepado en algunos aspectos, como asimismo colaboraron e, incluso, integraron gabinetes de gobiernos que no habían elegido. Están conscientes de que, así, el partido cumple un papel garante de la estabilidad institucional” (p. 458). En la terminología contemporánea, tendríamos que decir que, al oponerse a la Constitución del 25; al celebrar y apoyar la caída de Ibáñez en 1931; al apoyar a Arturo Alessandri en 1932 y, paradójicamente, a Ibáñez en 1942; al perder con su candidato propio en 1946; al apoyar a Jorge Alessandri en 1958 y a Eduardo Frei Montalva en 1964, el Partido Conservador constituyó un factor de gobernabilidad o, en palabras de la autora, “un factor moderador de la política chilena...” (p. 458).

Ello hasta la crisis, su propia crisis y la crisis del sistema político chileno. Mario Góngora ha hablado de las planificaciones globales como el mecanismo político-institucional que dominó la política chilena de la segunda mitad del siglo, y, aunque específicamente él quiso sustraer a la derecha del uso de ese mecanismo, Teresa Pereira nos entrega elementos que permiten también, y sin duda, incorporar a la derecha a esas planificaciones globales.

Sostiene que la elección parlamentaria de 1965 “marca el segundo y más crucial descenso electoral del partido. El primero –recordemos– fue con la elección de Ibáñez” (p. 290), en la cual puede asignarse “alrededor de un 8% del electorado para el Partido Conservador” (p. 286).

Pero el discurso de la hora postrera no se resignó a asumir la propia crisis: “Nunca, en nuestra centenaria historia, vivimos una mayor angustia ni una mayor incertidumbre frente a los destinos de nuestra patria..., ...No puede sernos indiferente... la carrera desenfrenada que se advierte en el partido de gobierno (la Democracia Cristiana) por ofrecer y prometer lo más irrealizable y descabellado...” (p. 307). Bernardo Larraín, último presidente del partido, explica la determinación de la junta ejecutiva que “ha debido reconocer que, no obstante la entusiasta participación y colaboración de nuestros correligionarios; la destacada, inteligente, infatigable y permanente labor de los parlamentarios del partido y la abnegación y noble desinterés de sus dirigentes, no sólo no hemos contado con la mayoría del país, sino que, año a año, decrece nuestra influencia y disminuyen las posibilidades de imponer nuestros ideales...” (p. 308).

Dados estos elementos exógenos al partido, es necesario, a partir de abril de 1966, comenzar a estudiar e implementar reglamentariamente la fusión de conservadores, liberales, independientes y miembros de la Acción Nacional. Pero esa fusión no fue unánime, ni todos se integraron al nuevo partido: “Yo, por ejemplo, no puse un pie en el Partido Nacional y también hay gente joven a quien no vi nunca más”, declara un antiguo dirigente (p. 307).

Y, efectivamente, los dichos de los dirigentes del nuevo partido no hundan necesariamente sus raíces en el conservantismo: "El Partido Nacional no sólo sirvió para mantener una posición clara y firme en una época de decadencia, iniciada por la Democracia Cristiana y profundizada por la Unidad Popular, dice uno de sus máximos dirigentes..." (p. 311). Y un inmutable conservador, en cambio, sostiene: "Yo alcancé a redactar y fue aprobado por el Partido Conservador, antes de su disolución, lo siguiente: El Partido Conservador, fiel a su centenaria tradición espiritual y cristiana, proclama como suprema norma de su acción política el reconocimiento y defensa de la dignidad de la persona humana en razón de su origen, naturaleza y fin, y conforme a los dictados de la razón natural y revelada. Este último punto, 'conforme a los dictados de la razón natural y revelada'... que es fundamental, no creo que lo acepte al Partido Nacional" (p. 312).

El Partido Nacional "fue un baluarte en la defensa de los valores chilenos y del espíritu y de la firmeza con que debía actuar la gente para no dejarse avasallar. "Los que estuvimos en esa lucha estamos muy satisfechos, porque creo que fue grande nuestra participación en la política chilena, al haber propuesto un proyecto, 'La Nueva República', de cambios y de modernizaciones muy importantes en el camino al desarrollo de Chile... muchas de esas propuestas se han cumplido en los últimos años...", relata Sergio Onofre Jarpa, al ser entrevistado en abril de 1989 (p. 311).

Otro de sus máximos dirigentes, Francisco Bulnes, ha dicho, con ocasión de la presentación del libro de Teresa Pereira que "en cierto modo, todavía milito en el Partido Conservador, porque el Partido Nacional primero y Renovación Nacional después han sido sus legítimos sucesores, y porque, en el seno de estas nuevas colectividades, he estado y estoy al servicio de los mismos principios fundamentales y los mismos grandes ideales que inspiraron y enriquecieron mi juventud y mi edad madura".

Queda abierto el debate si 'La Nueva República', y la participación que sus firmantes tuvieron en la política chilena en las últimas décadas, constituyó o no una "planificación global" como las llamó y entendió Góngora. Puede iluminar ese debate un editorial de "El Diario Ilustrado", cuando el conservantismo, en su expresión clásica, desaparecía del horizonte de la política chilena: "...llegará el momento en que los principios, que son de la esencia de los partidos tradicionales, van a inspirar las fórmulas definitivas para darle solidez al bienestar y al progreso que buscan. Aunque los partidos que los representan sufran estos traspies, aunque ellos cambien de nombre, se fusionen o suceda cualquier otra cosa que la precipitación pueda aconsejar, la derecha es una postura política, es una filosofía y un conjunto de doctrinas y principios de presencia absolutamente necesaria. En la Historia, esta impaciencia existió muchas veces. Hubo ganosos del poder, que quisieron

seguramente de buena fe satisfacerla rápidamente, sin que el esfuerzo lograra otra cosa que desarticular los medios que podían emplearse para ello" (p. 313).

MATIAS TAGLE DOMINGUEZ

ROLF FOESTER, *Introducción a la religiosidad mapuche*. Santiago, Chile. Editorial Universitaria, 1993. 184 págs., ilustraciones y tablas.

Foester trata la religión mapuche como un símbolo de identidad. Comienza por recopilar las contribuciones de antropólogos, misioneros y cronistas a la literatura sobre la cosmología, mitología, rituales e instituciones religiosas mapuches. A continuación y, recurriendo a su propia experiencia, Foester muestra de manera convincente la íntima relación entre la religión y los cambios contemporáneos en la identidad cultural mapuche provocados por la evangelización, la asimilación cultural y la pobreza.

La introducción etnohistórica a la religión mapuche del siglo XVI al XIX es limitada en su enfoque y carece de una cronología clara. El autor omite información importante respecto a cómo y cuándo surgieron diferentes símbolos, creencias, practicantes mágico-religiosos y prácticas rituales. No hace ningún intento por explicar lo que esta sección contribuye o cómo se relaciona con posteriores capítulos sobre la religión mapuche contemporánea. Recurriendo principalmente a las crónicas de Bibar, Ovalle, Rosales y Luis de Valdivia, y sólo en la medida en que reflejan diversas formas de evangelización practicadas por los jesuitas, franciscanos y capuchinos, Foester concluye que la religión mapuche ha perdurado en gran medida debido a que la Iglesia católica renunció a tratar de cambiarla o a eliminar parte de ella. Luego se concentra únicamente en la deidad mapuche *Ngenenchen* y en los espíritus ancestrales, tal como son analizados por cuatro autores del siglo XX: Latcham, Guevara, Bengoa y Bacigalupo.

El libro no esboza los cambios socioeconómicos que la sociedad mapuche experimentó entre los siglos XVI y XIX, y su efecto en las creencias, las prácticas rituales y el surgimiento inicial de las deidades. También falta alguna referencia al impacto de los incas en las creencias mapuches relacionadas con el rayo, el trueno, el sol, la luna y la madre tierra.

En la sección dedicada a la religión mapuche contemporánea, Foester parte de la suposición de que los límites entre lo sagrado y lo profano, la naturaleza y la cultura, la vida y la muerte están representados en la mitología y las creencias mapuches, experimentados a través de rituales (que tienen una



función simbólica) y puestos en práctica por la comunidad religiosa. El autor considera lo sagrado como sinónimo de poder o don y lo profano como sinónimo de conflicto, necesidad y la confrontación entre el bien y el mal. Demuestra cómo, tanto a través de los rituales colectivos y las instancias privadas de los sueños, las visiones y las oraciones, los hombres participan en la redefinición de estos límites, de acuerdo al concepto tradicional de reciprocidad. En el mito del origen mapuche, la serpiente de la tierra (*Tren-Tren*) confronta y finalmente vence a la serpiente del mar (*Kai-Kai*), luego de que un sacrificio de la humanidad reestablece el orden cósmico. Foester considera lo anterior como la base para todos los demás mitos, el elemento del sacrificio en los rituales colectivos de *nguillatun*, la reciprocidad de los hombres y las deidades en los rituales, la cosmología dualística de los mapuches, así como la concepción relativista del bien y el mal y la configuración de la comunidad ritual, las tradiciones, el derecho consuetudinario y la identidad, como algo ligado a la *Mapu*, la tierra.

Lamentablemente las brillantes conclusiones de Foester con respecto a la cambiante relación entre la identidad y la religión, que constituye la médula de libro, no son expuestas hasta después de los dos tercios de la obra. Foester propone que la identidad religiosa actual de los mapuches ya no está regulada únicamente por el pensamiento mítico. Desde la pacificación y su incorporación a la nación chilena los mapuches han utilizado la religión como una forma de legitimarse a sí mismos, su cultura y sus derechos territoriales. Tanto la dimensión simbólica tradicional de la tierra y la subordinación al Estado chileno son elementos importantes en la nueva identidad mapuche. La lucha por recuperar su tierra está ligada al concepto tradicional de la tierra como un don de la deidad mapuche *Ngenechen*, y como el elemento positivo en la confrontación entre las dos serpientes de la que se originaron los mapuches, o gente de la tierra. *Mapu* es el nivel central del cosmos, en el que tanto los hombres como sus ancestros viven y realizan rituales. El presidente chileno es incorporado en su cosmología junto a *Ngenechen*, y se espera que actúe como mediador en conflictos y dador de dones como la deidad mapuche. La pobreza y la escasez de tierra son los principales instigadores del milenarismo utópico en las narraciones mapuches, en que las deidades, los ancestros y las fuerzas de la naturaleza interceden directamente en favor de los mapuches para eliminar la presencia e influencia del hombre blanco y restablecer la forma de vida tradicional.

La identidad nominal de los mapuches como cristianos no significa un cambio en el *ethos* cultural o la cosmología. Foester considera la cristiandad como un hecho aceptado y absorbido por la cultura, los símbolos y la experiencia religiosa mapuche, puesto que los mapuches establecen equivalencias entre ciertos conceptos y creencias cristianas y las suyas propias. El autor

sostiene que es debido a que el sincretismo ocurre al nivel de los símbolos y los rituales, pero no del *logos*, que estos símbolos sincréticos de hecho sirven para fortalecer su renovada etnicidad. Además, Foester propone que el pentecostalismo crea un nuevo sentido de identidad, al mantener la continuidad con las prácticas rituales tradicionales, al mismo tiempo que rechaza las creencias mapuches costumbristas. Luego concluye que, puesto que los rituales pentecostales y mapuches tradicionales son concebidos y experimentados por analogía y homología, ambos sirven para identificar a los mapuches como seres distintos de la naturaleza y a diferenciarlos de los extranjeros.

Una de las principales deficiencias del libro es la ausencia de un análisis serio de los símbolos religiosos dentro de la discusión sobre los cambiantes rituales y creencias mapuches, pese al hecho de que Foester sigue el ejemplo de Geertz, en cuanto a ubicar los símbolos en el centro de los sistemas religiosos. Foester también utiliza los controvertidos de magia y religión para diferenciar las prácticas rituales de sanación mapuches de las prácticas rituales pentecostales sin definir las, pasando por alto que dichos conceptos a menudo hacen referencia a una esfera de fenómenos que se superponen.

En general, el libro constituye una excelente compilación de las interpretaciones de autores contemporáneos sobre la religión mapuche y profundiza nuestra comprensión de la relación dinámica entre religión e identidad. Pese a su torpe organización y la falta de integración entre sus partes, el trabajo de Foester entrega una riqueza de información y una interpretación estimulante que constituye una contribución importante a la literatura mapuche chilena.

ANA MARIELLA BACIGALUPO

FRANCISCO DE SOLANO (ed.), *Relaciones Económicas del Reino de Chile. 1780*. Colección Tierra Nueva y Cielo Nuevo. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Estudios Históricos. Departamento de Historia de América. Madrid 1994.

Con un estudio preliminar del historiador Francisco de Solano aparece este utilísimo documento, que entrega una descripción del estado económico en que se encontraba el entonces reino de Chile a finales de la dominación española.

Ejerce con ello el referido historiador un papel divulgador del gigantesco esfuerzo realizado por la Corona española para reunir y recopilar datos sobre todos los reinos que formaban su Imperio. Digno continuador de sus ilustres antecesores, Francisco de Solano está llevando a cabo lo que comenzó a hacerse en la Península y en América hace ya dos siglos cabales, cuando en el año

de 1773 la Real Academia de la Historia publicó el "Diccionario Geográfico de las Relaciones Topográficas de España".

Esta notable acción científica, llevada adelante por el Imperio español desde el siglo XVI, fue destacada más tarde, en 1866, por Fermín Caballero en su discurso de incorporación a aquella Academia, calificando a estas "relaciones" como un "trabajo literario-administrativo tan colosal y grandioso, que, llevado a término, hubiera producido gloria más sólida y duradera que la maravilla de San Lorenzo" y hacía ver que España "caminaba entonces paralela al progreso social más avanzado, pues comprendió la importancia de una mejora, que ni los sabios ni estadistas de otros pueblos de Europa habían promovido antes".

A partir de 1881 y hasta 1897 se editaron en Madrid, por Marcos Jiménez de la Espada y con el patrocinio del Ministerio de Fomento, las pioneras "Relaciones Geográficas de las Indias", auténticas "Descripciones de Hispanoamérica", como las llama el historiador Solano. Esos primeros cuatro volúmenes se refirieron al Perú; comenzaron a imprimirse con ocasión del IV Congreso de Americanistas, que tuvo lugar en Madrid precisamente en 1881. Como lo dice el estudio preliminar, entre esos años de finales del siglo XIX y principios del XX se editó un gran número de "Relaciones", aunque todas relativas al siglo XVI, trabajo en el que se esforzaron Francisco del Paso y Troncoso, Manuel Serrano y Sanz, Angel Altolaquirre Duvale, Germán Latorre, Emilio Rodríguez Demorizi y otros investigadores españoles e hispanoamericanos de nota.

Pero ha sido solamente ahora, finales del siglo XX y merced a los esfuerzos de Francisco de Solano, que ha comenzado a prestarse atención al siglo XVIII, apareciendo las que se hicieron para la Nueva España, Quito (está editada por Pilar Ponce), Venezuela y Chile, editadas o con estudios preliminares debido a la pluma de aquel historiador.

Desde 1994 tenemos, pues, a nuestra disposición una detallada descripción de la demografía y la economía chilenas del siglo XVIII gracias a estas ediciones. Fueron primero las "Relaciones geográficas del Reino de Chile", confeccionadas en el año 1756 y editadas por el mismo historiador Solano, con el auspicio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Universidad Internacional SEK, y son ahora las "Relaciones Económicas", hechas en 1780 como motivo del inicio de la visita del Reino de Chile ordenada en 1778, y que motiva este comentario.

Con ello se dispone de un material muy completo que confirma algunos antecedentes conocidos, pero que proporciona muchísimos más que eran desconocidos o que aún no habían podido verificarse fehacientemente.

Por tomar sólo el caso de los trigos chilenos, se sabía la cantidad de fanegas de este cereal exportadas por Chile desde Valparaíso y que describimos en "Orígenes de la vida económica chilena 1659-1808", publicada por el

suscrito en 1982, en unión del economista-historiador José Manuel Larraín. Las "Relaciones Económicas" confirman las cantidades expresadas en nuestros índice y series: 170.493 fanegas en dicho año 1780, según nosotros (p. 287), y 150.000 a 170.000, según dichas "Relaciones" (p. 216). Estas, por su parte, nos agregan las cantidades exportadas por Talcahuano, las que ascendieron a 46.000 ó 48.000 (p. 246), con lo que el total de lo exportado desde Chile a El Callao haría un total que variaría entre 196.000 a 218.000 fanegas en el referido año 1780. Al parecer, en el año tantas veces expresado, el tercer puerto exportador, que era Coquimbo, ya no exportaba trigos, puesto que, en la página 195, las "Relaciones" expresan que los "trigos y demás menestras se dan muy buenos en toda la provincia, aunque no siempre son suficientes para el abasto de ella, por no poderse cultivar toda la tierra por la falta de agua, que ocasiona en los ríos la escasez de lluvias y nieve".

Otro logro importante de esta obra es permitirnos apreciar la producción total al interior del país y según regiones. La producción global de trigo, aunque no está detallada en todas las regiones, nos permite calcularla en unas 400.000 a 450.000 fanegas, lo cual significaría que el consumo interno absorbería algo más de la mitad de la producción en el último caso señalado. El documento indica que en la provincia de Chillán se exportaba el 43,75% de la producción de ella, mientras en la de Rere (Los Angeles, Santa Fe, Santa Juana, Nacimiento, Talcamávida, Arauco, Colcura), que abarcaba La Frontera de Guerra, el porcentaje exportado subía al 50,39%. Me parece plausible estimar el promedio de consumo de todo el país en un 40 ó 45% de toda la producción de trigo, cantidad que sube a unas 200.000 ó 250.000 fanegas, según las estimaciones que se tomen en cuenta.

De igual interés resulta observar, también respecto del trigo, la producción por regiones del país. Aunque no todas ellas dan los totales de su producción, las de Copiapó, Quillota, Aconcagua, Santiago, Colchagua, Maule, Cauquenes, Chillán, Puchacay y Rere producían 427.259 fanegas. De este total, el centro, con Quillota, Aconcagua y Santiago producían el 34,29%; el centro-sur, con Colchagua, Maule y Cauquenes, el 39,1, y el sur, con Chillán y La Frontera, el 24,23%. Con esto queda claro que el centro-sur agrícola tradicional se colocaba a la cabeza de la producción, seguido por la región de Santiago y Aconcagua, y más lejos, el sur y La Frontera, todos los cuales exportaban a través de Valparaíso o Talcahuano.

Igualmente ricos son los datos de población, los que igualmente permitirán muchas nuevas y valiosas conclusiones, si se comparan con los que proporcionan otros documentos ya conocidos, como el empadronamiento de Chile realizado en 1778.

Todo ello confirma, una vez más, la necesidad de un acercamiento y un trabajo común entre historiadores de uno y otro lado del Atlántico. Ratifica

también que este aporte, que ahora nos ha hecho Francisco de Solano, es un buen ejemplo de esta colaboración, ya que constituye una de las importantes contribuciones que se han hecho a la historiografía chilena en estos últimos años y, de paso, coloca al distinguido colega español en la posición de aquellos que han entregado novedosos aportes para el mejor conocimiento de nuestra historia patria.

ARMANDO DE RAMON

GONZALO VIAL CORREA, *Arturo Prat*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1995, 293 páginas.

Escribir una biografía de un héroe militar a estas alturas del siglo XX parece algo pasado de moda, al menos historiográficamente. Más todavía cuando se trata de un "santo laico", una "estatua", un personaje sobre el cual se han escrito ya millares de páginas; de una figura que, de no haber sido por un solo día de su vida —el último—, nadie recordaría hoy, quizá con la excepción de sus descendientes más directos. Aún más, cuando aparece patrocinado... por la Armada de Chile y el lector sospecha de inmediato que no es necesario leerlo para saber lo que dice.

Pero se trata de Arturo Prat, y a medida que se avanza en la lectura del libro de Gonzalo Vial, el hacer el relato de su vida una vez más, con nuevos criterios y antecedentes, no sólo se comprende, sino que se justifica plenamente.

Porque Prat no sólo fue la estatua, la figura quijotesca que un 21 de mayo de 1879 quiso tomar un blindado armado con una espada, sino también un hombre de características muy excepcionales dentro de su época y medio. Vial así lo demuestra.

Pero antes de entrar a decir algo del biografiado, hablemos de la biografía. Se trata de un trabajo cuidadoso, fino, entretenido, que muestra un logrado estudio de nuevas fuentes: el archivo de cartas de Prat en poder de la Armada. Un trabajo que —en fin— logra mostrar aspectos nuevos sobre la vida y circunstancia de alguien sobre quien parecía ya estar todo dicho. También es digna de notar la buena información —sin duda también obtenida de fuentes cercanas a la Armada— sobre las características técnicas de los buques chilenos y peruanos que participaron en la Guerra del Pacífico y, en particular, en el Combate de Iquique.

Pero no sólo la investigación es buena; también lo son el análisis, las conclusiones e incluso el lirismo de los últimos capítulos.

En sus tesis centrales sobre la guerra y Prat, Vial sigue a Vicuña Mackenna y los principales autores que ya han escrito sobre el tema, excepto a

Francisco Antonio Encina, en quien –finalmente– descubre un grave error de interpretación, sin base alguna en los hechos. Más vale tarde que nunca.

Sobre el Combate de Iquique, Vial hace un análisis que tampoco es nuevo, pero sí está desarrollado en forma inteligente. No se trata que la Esmeralda y Prat pusieran la “gloria” de la acción y Condell y la Covadonga el “triumfo”, como lo han dicho Sater y varios más. La acción de Condell tuvo éxito como consecuencia de la de Prat. De no haber sido por ésta, es muy probable que la nave capitaneada por Condell hubiera terminado por ser hundida por el Huáscar que habría participado –de haberse rendido o autohundido la Esmeralda– en su persecución. Queda muy claro que la victoria fue de ambos.

La elegancia de la prosa de Gonzalo Vial es proverbial, también su valor para decir la verdad cueste lo que cueste y enoje a quien enoje. ¿Cómo es el Arturo Prat que sale de sus páginas?

Sensible, modesto, inteligente, trabajador, buen profesional, intelectual, amante de su familia, de vida ordenada, ciertamente patriota y valiente... pero también liberal, antimilitarista y demócrata, con una religiosidad más bien tibia, con humor, a pesar de su falta de imaginación, con cierta afición al juego de azar, avergonzado de su calvicie, ¡espiritista!

A Prat no sólo se le admira, sino que se simpatiza con él después de leer el libro. Lo que es más importante, se comprende por qué fue espontáneamente querido por el pueblo de Chile, que vio en él a un hombre sencillo con cualidades y defectos, quien, llegada la hora de su gran prueba, la enfrentó con valor e inteligencia.

También las figuras secundarias son estudiadas y descritas con agudeza y delicadamente; en particular, doña Carmela Carvajal, una mujer sencilla, pero con temperamento; quizá hubiera sido necesario decir algo más sobre Condell. Llama la atención el rescate de la figura de Jacinto Chacón, tan vilipendiado por las estructuras historiográficas chilenas, después de su polémica sobre ese tema con otra estatua: Andrés Bello.

No deja de tener la obra pequeños errores, como el título del subcapítulo quinto del capítulo décimo, “Serrano y Aldea”, donde no se menciona a Aldea. También es un error –a mi personal juicio– el hablar de “nosotros”, refiriéndose a los chilenos en la guerra con Perú y abusar del término “héroe” cuando se habla de Prat, incluso durante su adolescencia. Eso le quita –aparentemente– objetividad a la obra. Y digo aparentemente, porque de fondo es excepcionalmente objetiva, más todavía teniendo en cuenta el tema y el auspicio.

Más importante es el hecho de que otras cuestiones no se tocan y el que, de haberse tratado, habrían enriquecido la obra. El Valparaíso de la época, una sociedad tan singular, pujante y heterodoxa para el ambiente chileno; quizá responsable, tanto como la influencia de los Chacón, del liberalismo político e intelectual de Prat.

Tampoco se estudia a fondo a la Armada de Chile de ese tiempo como institución. Un mundo en el que no faltaban las –no tan pequeñas– miserias, como queda en claro del incidente entre Luis Uribe y el contralmirante Goñi. ¿De dónde venían y cómo eran sus valores, sus prejuicios, su mentalidad, sus rasgos de sociabilidad? En parte, todo esto se lee entre líneas, pero no queda cabalmente expuesto. Porque las cercanías y las distancias de Prat con respecto a aquella institución no sólo venían de las características personales del futuro capitán de la Esmeralda, sino también de las de ese medio. Por ejemplo, más allá del análisis de Encina, lleno de adjetivos, subsiste el hecho de que por algo a Prat se le encargó el bloqueo de Iquique, al mando de un buque lisiado, en momentos en que la acción y la gloria estarían en otra parte. Vial muestra que esta situación no puede atribuirse a mala voluntad de sus jefes, pero reconoce que la personalidad de Prat –en concreto su falta de audacia..., algo que desmintió con su actuación personal del 21 de mayo– influyó en que Williams Rebolledo lo dejara al margen del ataque a El Callao. ¿Cuál era el concepto de audacia para un marino chileno de entonces?, etc. ¿La huida de Condell con la Covadonga el 21 de mayo de 1879 fue un “acto de audacia” o de cálculo?

Y así sería dable mencionar otros aspectos importantes que podrían haberse tocado. Pero se trata de comentar la obra que es y no la que pudo ser. Siendo así, como síntesis final, se puede decir que –sin ser una *opus magna*– se trata de una buena biografía de un personaje siempre interesante, que aporta nuevos conocimientos sobre el hombre y su circunstancia, y que, como todo lo que escribe Gonzalo Vial, es entretenida y de fácil lectura.

CRISTIAN GAZMURI

SERGIO GREZ TOSO, *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Fuentes para la Historia de la República, volumen VII, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1995, 577 páginas.

El estudio de los problemas sociales ha constituido una preocupación constante no sólo por parte de sus contemporáneos, sino también por aquellos que, con la debida distancia temporal y espacial, han interpretado las penas y alegrías de vastos sectores de la población, catalogados genéricamente como “pobres”, “clases populares” o, más recientemente, “bajo pueblo”.

Las ventajas de una recopilación documental o de una antología de textos destinada a un público más amplio que el de los especialistas es precisamente la de poner en manos del lector opiniones cercanas y lejanas acerca de un mismo tema. Es allí donde surgen las contradicciones, el proselitismo, la agudeza del discurso o sólo la reiteración de una idea. En este sentido, los escritos

reunidos por el historiador Sergio Grez son muestra de que una misma temática puede originar numerosas y diferentes versiones, dependiendo de la posición política o religiosa de quien se ve inserto en la discusión.

El volumen VII de las Fuentes para la Historia de la República, publicadas por el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Biblioteca Nacional, es algo más que una mera transcripción de textos y un prólogo pobre. Es, sin duda, un buen intento para lograr un balance sobre la "cuestión social" en Chile durante el siglo pasado, sin manipular ni tergiversar por ello el contenido de los documentos.

Sobre este último punto, es destacable que, por primera vez, se ha compilado una cantidad importante de fuentes que tratan de analizar un tema "nuevo de puro viejo", como ocurre con la permanente presencia de "cuestiones sociales" en nuestro país.

En un estudio crítico, donde se sintetizan las líneas principales de los textos reunidos, Grez plantea que el concepto de "cuestión social" no es un fenómeno privativo del período 1880-1920, como se generalizó con la obra del norteamericano James O. Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso*, sino que es un término perfectamente aplicable a una amplia etapa anterior. De ahí que la recopilación del autor se inicie en 1804 con un oficio al gobernador Muñoz de Guzmán, escrito por Manuel de Salas, sobre la situación del Hospicio de Santiago.

Bajo esta óptica, los escritos reunidos, setenta y siete en total, provenientes de artículos de prensa, memorias de prueba, pastorales, sermones religiosos, folletos y otras publicaciones, entregan una gran variedad de perspectivas sobre el particular, las que no sólo se reducen a tratar los problemas obreros, sino que también incluyen referencias a los trabajadores de la agricultura, a la miseria y mendicidad urbanas, a las condiciones de vida y a las formas asociativas. De hecho, el lector que revise las páginas de este libro se encontrará de seguro con publicaciones ya conocidas, como las de Francisco Bilbao (*Sociabilidad chilena*), José Victorino Lastarria (*El manuscrito del diablo*), Augusto Orrego Luco (*La cuestión social*), Arturo Alessandri (*Habitaciones para obreros*) y otras más. Pero también pueden ubicarse interesantes artículos periodísticos, manifiestos de partidos políticos —como el Partido Democrático, obsesión de Grez— y escritos inéditos, como el de Benjamín Vicuña Mackenna sobre la situación de los inquilinos.

Los estudios compilados van mostrando paulatinamente los cambios gestados no sólo en la manera de entender el problema, sino, además, en el modo cómo éste debe ser resuelto. Los primeros textos reproducidos, como las cartas de Portales, enfatizan medidas coercitivas: el azote, el cepo o los trabajos forzados, para asegurar el orden social; mientras que los escritos correspondientes a la visión liberal-igualitaria de este problema se concentran en



la crítica de ese orden existente que ha producido –y produce– odiosas desigualdades que afectan la vida de los más menesterosos. En este sentido, las obras de Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria y Vicuña Mackenna describen crudamente dichas realidades. Por su parte, la prensa afín a esta ideología, como *El Amigo del Pueblo*, enfatiza igualmente las necesidades de las clases pobres frente a la indiferencia de las autoridades y del Estado republicano.

Se reúnen, a continuación, veinticuatro artículos de los periódicos *El Ferrocarril* y *El Independiente*, fechados hacia 1872, que se refieren a temas tan variados como la emigración de peones al extranjero, los salarios, la vagancia, la mendicidad, los problemas de higiene, la salubridad y la vivienda popular. Junto a esto, debe destacarse que muchos de los proyectos e ideas respecto del tema no fueron sólo patrimonio exclusivo de los sectores dirigentes más preocupados por el problema, sino también fueron parte de quienes se vieron afectados por él. Como señala Grez: “Durante la década de 1870 se produjo la eclosión de los debates sobre la ‘cuestión social’. El concepto no había sido puesto aún en boga en Chile, pero sus contenidos básicos, plenamente sistematizados a partir del decenio posterior, ya estaban presentes en la vida nacional. Y no sólo en las cavilaciones, preocupaciones y escritos de la elite... (pues) el tema era objeto de reflexiones por parte de los trabajadores organizados” (p. 21).

En los documentos siguientes se reproduce la percepción acerca de los problemas nacionales que tenían Fernando Santa María y Marcial González, figuras del liberalismo decimonónico. Aquí aparecen no sólo los repetidos tópicos de miseria urbana y vicios en general, sino que se incorporan también soluciones pedagógicas, como la educación, la reforma familiar y el incentivo al ahorro. Asimismo, durante la década de 1870, ganan más adeptos entre los sectores de obreros y artesanos las ideas proteccionistas, asociativas, mutualistas y cooperativistas. Por esto, lo que en un comienzo se describe sólo como una masa humana llena de males y otras bajezas, cobra mayor protagonismo e identidad a lo largo del siglo, reivindicando su puesto en la sociedad y dando una nueva cara al problema social, enseñando a la clase dirigente que la organización y el esfuerzo mancomunado igualmente se encontraban dentro de su accionar.

La conferencia popular del líder mutualista Fermín Vivaceta, *Unión i fraternidad de los trabajadores sostenida por las asociaciones cooperativas*, es para Grez un claro ejemplo de lo anterior, representando por ello a ese todavía incipiente movimiento popular.

A partir de la década de 1880 ya se encuentra oficializado el concepto de “cuestión social”, en particular, porque la industrialización y la urbanización del país hacen más patente este fenómeno. Tanto es así, que títulos como *La*

*cuestión social*, de Augusto Orrego Luco; *La verdadera cuestión social*, de Juan Enrique Lagarrigue, o los artículos de Malaquías Concha, certifican la penetración del concepto y de su contenido, abundando desde este momento denominaciones similares en otros escritos. Al respecto, es preciso señalar que también el número de publicaciones aumenta en cantidad, en la medida que el problema se vuelve una preocupación constante para la elite decimonónica.

Los artículos que se concentran a fines del siglo XIX e inicios del actual, reúnen a las principales corrientes ideológicas presentes en la historia de Chile del siglo XX: la conservadora católica (definida por la encíclica *Rerum Novarum*), representada a través de los escritos de Iglesia, como la Pastoral de Mariano Casanova, los estudios de Juan Enrique Concha y los artículos de *La Revista Católica* —entre 1893 y 1902—; el laicismo y el liberalismo político, visto con Arturo Alessandri y Valentín Letelier; el socialismo, con Víctor José Arellano Machuca, publicista de las ideas socialistas; y las tendencias anarquistas y demócrata-socialistas, representadas por Esteban Cavieres y Luis Emilio Recabarren.

Concluye Grez que el debate sobre la “cuestión social” no llegó a resultados muy alentadores, pues, por lo general, se atribuyó la esencia del problema a agitadores doctrinarios o a la fatalidad de la naturaleza humana, reprimiendo a los movimientos populares de protesta social, los normales canalizadores de la disconformidad ante el sistema existente (p. 41).

En suma, la compilación aquí presentada es un buen indicio de que nuevos caminos pueden abrirse para diversos estudios relativos al bajo pueblo y otros grupos sociales. La gracia de estos documentos es que precisamente instruyen sobre las visiones, denuncias o utopías de aquellos que desearon plasmar sobre el papel la posibilidad de un cambio en la vida de los menos afortunados. Aunque muchos de los planteamientos expuestos no se realizaron, éstos mantuvieron al menos el tema de los problemas sociales dentro del debate público. Noventa y tres años después del último escrito reproducido en el libro, es posible constatar que, en verdad, “hay cosas que no cambian” en este tipo de discusiones. Sólo basta abrir el periódico y escuchar las promesas incumplidas de los políticos.

MARCO ANTONIO LEON LEON

VARIOS AUTORES, *Modernización y cultura mapuche*. Comentario al libro *¿Modernización o sabiduría en tierra mapuche?* Ediciones San Pablo, 1995.

El libro que nos toca comentar en el día de hoy es de un gran interés. Se pregunta por los efectos de la modernización en el interior de la sociedad

mapuche actual. No me cabe ninguna duda que es el problema principal al que se enfrentan los mapuches contemporáneos.

La economía del país crece a un ritmo sostenido. En el día de ayer, miércoles 27 de septiembre de 1995, el Ministro de Hacienda nos ha informado de la cifra de 9,4% de crecimiento en el mes pasado y de un promedio del 7% o más para el año. Pocos días atrás hemos recibido y analizado la última encuesta Casen aplicada en el país, que nos habla de la desigual distribución de ese enorme crecimiento. Un pequeño grupo de personas concentra la mayor parte de la riqueza nacional; en cambio, los estratos más pobres ven aumentar la distancia e incluso en el último decil (e incluso quintil) se disminuye la participación en el ingreso, lo cual hace más inequitativo el reparto de los bienes en el país. A pesar de ello, hay una "salida" de ciertos sectores de la población de las líneas matemático-estadísticas de la pobreza. Así y todo, el crecimiento general implica aumento en los tendidos eléctricos rurales, cambios en las pautas de consumo alimenticias, transformaciones en la producción agraria, decaimiento de ciertos productos, aumento en otros, etc., y sobre todo la expectativa creciente de ser parte de las modernizaciones, de incorporarse a sus "supuestos beneficios".

En períodos de crisis económicas las sociedades tradicionales pueden refugiarse sobre sí mismas. No tienen alternativas. No hay trabajo en las ciudades y, por ello, aumentan las prácticas culturales propias que sirven de medios de defensa y resistencia frente a las crisis. Son períodos de mayor autosubsistencia y reforzamiento cultural.

En cambio, en los períodos de crecimiento de la economía global, en las "salidas hacia afuera" de las economías globales, de sus culturas y sociedades, las sociedades rurales más débiles se ven más amenazadas por el ímpetu del desarrollo capitalista. Esta ha sido una constatación histórica. Los campesinos tienen más espacio para sobrevivir cuando hay crisis en la sociedad global. Sus productos son apetecidos por las ciudades que temen al hambre. El Estado tiene poca fuerza, no alcanza a llegar hasta esos lugares apartados.

La historia de las relaciones entre la sociedad chilena y su economía, y la sociedad mapuche y su propia economía, están marcadas en los siglos XIX y XX por estos oleajes. En los momentos de crisis política y reorganización económica, durante el siglo pasado, los chilenos dejaron tranquilos a los mapuches. No había tiempo para pensar en ellos. En el momento que comienza la expansión económica chilena se produce concomitantemente una presión por la expansión territorial, la ocupación de las tierras de Arauco y la presión sobre la frontera, la instalación de ciudades y el resto de la historia que conocemos.

Estas mismas olas u oleajes han continuado en este siglo. El primer período de expansión de la agricultura y la colonización del sur coincide con

las pérdidas de tierras indígenas. Después viene un tiempo de crisis tanto política como económica en el país; es también un tiempo de consolidación de la sociedad mapuche posreduccional: los años 20 y 30. Con la posguerra vino una nueva oleada que culminó en los años sesenta, al retraerse la economía nacional. La crisis de los 70 y 80 en Chile condujo –a pesar de lo que se cree ideológicamente y de las políticas del gobierno militar– a un reforzamiento de la identidad mapuche. Esta se refugió en sí misma.

Pero fue un reforzamiento identitario basado en la autosubsistencia, en el repliegue hacia adentro, en fin, en la pobreza. La sociedad mapuche se defendió de la crisis utilizando sus herramientas culturales conocidas.

No es por casualidad que el movimiento indígena que surge a fines de los setenta y continúa durante los 80 es indigenista radical. Retoma las viejas banderas nativistas de los movimientos mapuches antiguos: defensa de las tradiciones, del *ad mapu*, de las tierras, de lo propio, provocando una fuerte separación con la sociedad chilena.

En cambio, en los momentos de apertura, desarrollo, crecimiento, generalmente se han producido *ideologías desarrollistas* entre los mapuches, que tratan de lograr participar de algún modo en el desarrollo generalizado de la sociedad. Que algo del desarrollo llegue a la sociedad mapuche es la expectativa. No es por casualidad la simetría lingüística que se produce entre las organizaciones indígenas y las asociaciones chilenas no indígenas que en estos momentos están en boga. En la primer década del siglo en que estaba difundida la organización de “sociedades”, por ejemplo, sociedades de obreros, de socorros mutuos, de artesanos, etc., los mapuches de Temuco organizan la “Sociedad Caupolicán, defensora de la Araucanía”. En la época del “Frente Popular”, la principal organización indígena será el “Frente Unico Araucano”; en el tiempo del desarrollismo industrialista, se funda la “Corporación de Fomento de la Producción” y en el sur se organiza la “Corporación Araucana” con fines de fomento y desarrollo productivo. Esta simetría nos expresa, al nivel del lenguaje, las diversas oleadas culturales que determinan de manera clara la relación entre la sociedad y el Estado chileno y los indígenas. Oleadas sucesivas y, al igual que el mar, resacas, en que la influencia del Estado se retira y la sociedad mapuche se empobrece y fortalece. En este contexto surgen los temas y las preocupaciones de este libro. ¿Es bueno y/o es posible ese desarrollo, esa modernización? O, como lo hemos visto en casi todas partes del mundo, ¿esa modernización será a costa de la cultura propia, de las tradiciones, de la propia identidad tradicional? El holocausto al progreso que vio en los aimaras Van Kessel. Dice una machi en uno de los testimonios que aparecen en el libro:

“Antes, todo lo que pedíamos al Señor lo concedía a nosotros; ahora, hoy en día, no se ven resultados”,

es la constatación desesperada de la machi de Maudache que relata Mariella Bacigalupo en el libro que comentamos.

Todos los procesos de modernización se acompañan siempre de procesos de secularización. Dios se aleja de los hombres. Lo que a los autores de este libro los entusiasma de la cultura mapuche es su cercanía a Dios, la presencia cotidiana de lo divino. Parker dice que lo “más grave en relación a la cultura indígena es que el problema de la tierra, más allá de la escasa productividad y la pobreza agrícola, incide en una mutación de la cosmovisión estimulada por la mercantilización de la tierra” (108).

No me cabe mucha duda que esta afirmación sonaría, o suena, muy dura para quienes hoy día se preocupan del crecimiento del país, y en una perspectiva, sin mala intención, del desarrollo de sus habitantes. Pero me pregunto también si los propios mapuches no verán las cosas un poco más complejas, ya que una cultura que se basa en la pobreza no tiene muchas posibilidades de reproducción y podríamos pecar de conservantistas, de museografistas si pretendiéramos fomentar, apoyar o propulsar la conservación sin propender, al mismo tiempo, al desarrollo que, en definitiva, es modernización entendida en los términos que el libro lo hace.

Comparto la voluntad, aspiración y apuesta de Ricardo Salas cuando señala (p. 163) que es posible el desarrollo y la mantención de la cultura. Hemos hablado durante mucho tiempo de “desarrollo con identidad” y en torno a esa idea se construyó la actual legislación indígena. El libro trata esta ley de 1993 en algunos párrafos y artículos, especialmente de Alejandro Saavedra, pero creo que todavía no hay suficiente distancia temporal para saber si efectivamente ha servido para caminar en medio de esa contradicción y lograr resolverla de alguna medida o solamente ha logrado algo de desarrollo o simplemente se quedó en buenos deseos.

Lo que no cabe duda es que hoy día la presencia del Estado, la presión por las tierras, el atractivo de la migración a las ciudades, las comunicaciones que llegan hasta las mismas comunidades, en fin, todo ello, son un movimiento muy fuerte hacia la modernización.

La modernización va acompañada de cambios culturales, en los dos sentidos. Esto es, en el sentido de integrarse a la sociedad mayor y en el sentido de *recrear la propia cultura tradicional*. El artículo de Armando Marileo es muy interesante, ya que relata un trabajo en el que “dos *nguillatunes* recobraron su originalidad”. Obviamente, lo sabemos todos, el tiempo es implacable; por lo tanto, no es que se marchó hacia atrás; por el contrario, se marchó hacia adelante, se *recobraron* costumbres antiguas redefinidas en un nuevo marco de

*identidades*. La modernización, el espejo con la otra cultura, también permite la recreación. Bacigalupo, en un trabajo muy interesante y que representa un gran avance en los estudios acerca de la evolución del chamanismo, nos señala también cómo se va redefiniendo la cultura. Lo mismo hace Ramón Cunivil.

Es por ello que los mapuches están frente a un desafío muy complejo. La cultura y la identidad no son paquetes cerrados, dados una vez para siempre, sin historicidad. Los mapuches de hoy estarán necesariamente obligados a redefinir sus campos culturales. Lo harán relejendo el pasado. Son los usos de la historia.

Cada pueblo le otorga usos diferentes a la historia. Los usos que de la historia y de la cultura harán las próximas generaciones de mapuches habrán pasado por el tamiz de la educación formal. Las generaciones anteriores no tuvieron el contexto cultural del lenguaje escrito, de las comunicaciones globalizadas y mundializadas del conocimiento de la antropología. Las nuevas generaciones aumentan año a año sus índices de escolaridad (tema no tratado en el libro). Son y serán nuevas generaciones de mapuches *interculturales*, serán personas habituadas a vivir en dos culturas. Ello tendrá repercusiones en la identidad y la cultura mapuches que no podemos imaginar.

Este es, sin duda, un tema apasionante. La recreación de la cultura indígena en el marco de la interculturalidad. Para muchos será una perversión. La cultura original, la propia, aislada, autónoma, independiente de las influencias, se perderá, dirán. La que la suceda será un remedo. Sería una cultura híbrida, "chicha", para hablar de esa música andino-limeña mezcla de todo. Habrán tendencias que buscarán retomar "lo de antes", "lo puro". Lo puro fijado en el tiempo también comienza a disolverse, a empolvarse; se dice que las copias no siempre salen bien. Yo no sé. No me atrevo a lanzar muchas teorías sobre esta materia; creo que hay que discutirlo. Este libro abre la discusión.

Pero lo que sí sabemos es que el criollismo y el folclore han matado —por la vía de la desvirtuación— las culturas rurales. Las han transformado en objetos de exposición y turismo. Las verdaderas obras folclóricas son aquellas que han recreado lo tradicional, como es el caso en Chile de Violeta Parra. No sólo cantó lo que aprendió de sus padres, lo que recopiló, sino creó nuevas canciones, llenas de poesía, combinación no ingenua, de lo tradicional y lo moderno, de Chillán y París.

En cambio, los que han remedado lo "puro" han llegado generalmente tarde y han culminado en un estentóreo "huifa rendija", de mal gusto, pésimo arte y donde predomina el *kitsch*.

Es por ello que la confianza en que la modernización no destruirá las culturas indígenas es relativa. Sin duda no destruirá la identidad indígena. Esta se reproduce incluso en las ciudades. No requiere territorio. Pero la cul-

tura ancestral, para que se reproduzca, requiere de un espacio territorial, de autonomía relativa, de poca influencia externa, en fin, de condiciones que la posibiliten.

Esta es una distinción necesaria. En el caso aimara, Van Kessel ha tenido la razón en un importante aspecto. La cultura aimara de pastores de camélidos, con uso variado de las alturas y valles, se ha ido perdiendo rápidamente como consecuencia "del progreso". La identidad aimara, en cambio, se ha fortalecido y hoy los aimaras, como grupo, poseen una presencia mucho mayor que antes. Ellos recrearon la cultura, pero ya no será la antigua cultura de pastores de alturas; será, en general, una cultura de aimaras urbanos, con contacto con los pueblos del altiplano, de personas que han pasado por la escuela e incluso por la enseñanza superior.

Me habría gustado entrar en numerosos detalles, en los que no estoy plenamente de acuerdo y resaltar sustanciosos avances en la discusión y el conocimiento, pero el tiempo no lo permite.

Felicito a los autores por este aporte.

JOSE BENGOA